

3. VIVIR Y MORIR EN LA FRONTERA PLANETARIA

Los hechos del 11 de septiembre dejaron en claro que ya nadie, por más rico en recursos, distante e independiente que sea, puede cortar amarras con el resto del mundo. La fuerza y la debilidad, la amenaza y la seguridad se han convertido, esencialmente, en *problemas extraterritoriales* (y difusos) *que eluden toda solución territorial* (y nítida).

Sobre todo, las medidas activas de seguridad son lo único que puede verse como prueba de que se está haciendo algo. Después del 11 de septiembre se ha hecho evidente que “ya no puede dejarse a los países lejanos librados a su anarquía”, por lo menos no si los países ricos y presumiblemente seguros quieren seguir siendo ricos y efectivamente seguros.

La frontera global

En cuanto a las coaliciones, no hay matrimonios estables, sólo convivencias temporales que responden abiertamente a la conveniencia. La confianza es lo último que se ofrecería, y la lealtad lo último que se puede esperar. Una vez que una institución burocrática adquiere la capacidad de llevar a cabo exitosamente un cierto tipo de tarea, está atada a buscar activamente nuevas oportunidades para llevarla a cabo otra vez.

Es fácil comprender por qué la estrategia de las “coaliciones flexibles”, junto con el rechazo categórico de toda estructura duradera y universalmente vinculante, puede resultar tentadora para los poderes que, confiando en su superioridad competitiva, esperan beneficiarse de la incertidumbre resultante, y que no están dispuestos a compartir la ganancia anticipada con los de menos recursos y menor fortuna.

Una de las principales razones por las que la guerra contra el terrorismo es imposible de ganar reside en el hecho de que ambas partes tienen intereses creados en la conservación de las condiciones de frontera. En ausencia de esa visión más amplia, la única estrategia para imponer el imperio de la ley y el orden consiste en detener, encarcelar y privar de sus prerrogativas a los agentes cuyas pretensiones de explotar las ventajas que ofrecen las condiciones de frontera han sido declaradas ilegítimas por quienes ejercen un criterio independiente.

Batallas de reconocimiento

En la práctica militar, las “batallas de reconocimiento” (o el reconocimiento por medio de la batalla) tiene un solo propósito: separar el trigo de lo esperable de la paja de lo imposible. Al analizar las alternativas de una batalla de reconocimiento, el Estado Mayor espera hacerse una idea cabal de la resistencia que es capaz de oponer el enemigo y de su capacidad de contratacar, con el fin de proponer un plan de guerra razonable.

Las batallas de reconocimiento guardan un parecido asombroso con los “grupos de enfoque”, el medio favorito de los políticos modernos para recolectar información antes de decidir la implementación de una medida: se examinan las posibles reacciones del electorado a medidas que se tienen en consideración pero que aún no han sido aplicadas, antes de que la implementación produzca un daño irreparable si resultan resistidas e impopulares.

Un vacío político es una invitación constante a la negociación por la fuerza. Washington comenzó a perder rápidamente el interés en las soluciones políticas. Hay cada vez mayor predisposición al uso de la fuerza bruta y a la utilización de los aliados al alcance de la mano cualesquiera fueran éstos, incluso si eso amenaza con dejar a Afganistán sumido en el caos, y dejar a la guerra contra el terrorismo abandonada a su suerte.

Guerras asimétricas

En una guerra asimétrica un bando o el otro es constituido y dirigido formalmente por un gobierno estatal, pero se considera que esa circunstancia es de importancia secundaria por el hecho de que los “enemigos asimétricos” aúnan sus fuerzas y cooperan en pos de un mayor debilitamiento de los poderes soberanos de los Estados-nación.

A pesar de las marcadas diferencias de potencia de sus respectivos armamentos y las distintas tácticas empleadas, *ambos* bandos muestran una preferencia unánime por los ataques “relámpago”, y especialmente por aquellos imprevistos; pero en todos los casos esos ataques pueden ejecutarse rápidamente, como de hecho se ejecutan, sin que sea necesario que quienes los llevan a cabo permanezcan en el campo de batalla una vez que el golpe ha sido asestado.

La velocidad de transmisión a distancia (de la información y de la acción) es lo que ubica a la élite global (extraterritorial, gracias a la velocidad de sus movimientos que desafía toda distancia) en la cima de la jerarquía del poder. No es el territorio lo que está en juego, sino el principio mismo de territorialidad y su abolición, a pesar de que, por propia voluntad o por omisión, todas las partes ayudan a consolidar la nueva extraterritorialidad de la condición humana.

La guerra como vocación

Los ejércitos se han vuelto más reducidos, más diestros y más ágiles. Tienden a estar preparados para actuar dispersos, en pequeños grupos o de manera individual, de forma más similar a la de las multitudes que a la de las viejas columnas de marcha. La nueva manera de llevar adelante las acciones militares apunta a excluir, quizás por completo, el enfrentamiento cara a cara con el enemigo.

La tarea del soldado, como la de cualquier otro profesional, no es más que “su trabajo”. La corrección de su desempeño se mide, como en el resto de las profesiones, en términos libres de implicancias morales. El advenimiento de los ejércitos profesionales le restó utilidad al fervor patriótico.

La guerra de Vietnam fue quizás la última en ser librada por conscriptos estadounidenses. Hoy en día, el presidente Bush puede declarar, en una misma frase, que el país “está en guerra”, y que en el país “los negocios se desarrollan normalmente”. Sin embargo, es probable que la consecuencia más sorprendente de nuevo modelo de guerra sea que durante el conflicto son los soldados quienes gozan de una nueva mayor seguridad personal.

La vida en común con un mundo agotado

Kant observó que el planeta que habitamos es una esfera, y dirigió su pensamiento hacia las implicancias de ese hecho considerado tan banal. Y las implicancias que investigó fueron que todos debemos permanecer y movernos en la superficie de esta esfera sin tener ningún otro lugar adonde ir, y que por ende estamos destinados a vivir para siempre en mutua vecindad y compañía.

Sin embargo, el mundo poco se percató de ello; al parecer, el mundo prefiere honrar a sus filósofos con placas conmemorativas más que escuchándolos, y menos aun siguiendo su consejo. Los pasaportes, las visas y los controles aduaneros e inmigratorios fueron algunas de las principales invenciones del moderno arte de gobernar.

Para deshacerse de los *homini sacri* europeos domésticos, las tierras decretadas vírgenes proporcionaron las Islas del Diablo, las Bahías Botany y otros basurales similares a los gobiernos europeos, que envidiaban el control del Imperio Ruso sobre las infinitas extensiones heladas de Siberia.

Refugiados en un mundo agotado

Durante los doscientos años de la historia moderna, se dio naturalmente por supuesto que los refugiados, los inmigrantes voluntarios e involuntarios, los “desplazados” *tout court* constituían un problema del país que los alojaba, de modo que recibían un tratamiento consecuente con eso.

Una vez dentro, los extranjeros, insolentes o recatados, debían someterse a la jurisdicción exclusiva en indivisa del país que los hospedaba. A fin de cuentas, existe un motivo “racional” y moralmente inobjetable para capturar, encarcelar y deportar a la gente cuando uno ya no sabe cómo ocuparse de ella, y no quiere tomarse el trabajo de averiguarlo.

Puede que las puertas estén cerradas, pero el problema no desaparecerá, por más firmes que sean los cerrojos. Así es que, cada vez más, los refugiados se encuentran atrapados entre dos fuegos; más exactamente, en una paradoja. Si bien se los expulsa por la fuerza de su país de origen, o se los atemoriza para que huyan, no se les permite la entrada a ningún otro.